

ORANDO CON LA PALABRA

(26º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Dijo Jesús a los fariseos: “Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno y grito: “ Padre Abrahán , ten piedad de mi y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le contestó: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida y Lázaro a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros”. El rico insistió: “Te ruego entonces , padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento”: Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen”. El rico contestó: “No , padre Abrahán, pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán”. Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto”.

(Lc. 16,19-31)

La Palabra, en el texto de Lucas, describe con una gran plasticidad y de manera evidente, la diferencia ofensiva entre la vida opulenta del rico y la miseria del mendigo. El fragmento del Evangelio acentúa y vuelve a poner ante nuestra mirada, la realidad de nuestra sociedad, en la que la riqueza y el egoísmo han endurecido el corazón de las personas y han ido generando un mundo injusto e indignante. Una sociedad en la que se ha ido perdiendo la capacidad de contemplar los rostros de la pobreza, la sensibilidad para dejarse afectar por ella, para sentirnos implicados y responsables de cuidar al hermano, las relaciones, los recursos, la tierra, para que sean espacio y posibilidad de vida para todos.

El relato, muestra la indiferencia, la falta de sensibilidad ante el dolor ajeno, incluso ante el sufrimiento que está a nuestro lado, en nuestra puerta y nos ofrece, una vez más, la postura de Dios ante los empobrecidos, los excluidos. Ellos son los primeros en el corazón de Dios. Ellos encontrarán consuelo, en su Misericordia.

Que la Palabra remueva entrañas y conciencias y que, abiertos a la presencia del Dios de la Misericordia sintamos como nuestro, el dolor del mundo. Que ningún sufrimiento nos deje indiferentes, que intentemos consolar tristezas, sanar heridas, acompañar soledades. Que estemos dispuestos a compartir, apoyar, a dejar de tener más, para ser más y para posibilitar que otros, puedan “ser”.

Que hagamos camino compartido para ir haciendo un mundo con corazón, un mundo que sea espacio fraterno de justicia y solidaridad.

ORACIÓN

Tu Palabra, Señor,
me adentra
cada día,

en el misterio
de tu sueño y tu mensaje,
hechos reflexión y compromiso.
Tu Palabra
que genera encuentro,
que suscita inquietud,
dynamismo y camino,
me vuelve a cuestionar hoy,
ante este mundo convulso
y excluyente
que seguimos construyendo
entre el afán de poder de unos
y la pasividad y el silencio de otros.

Al contemplar hoy, Señor,
la vida insultante del rico
frente a la miseria de Lázaro,
y la pasividad y la indiferencia
que muestra con él,
aunque está a su lado,
en su puerta,
y en su camino,
necesito preguntarme,
si realmente
me duelen la pobreza
y el sufrimiento del hermano.

Si me he acostumbrado
a las voces,
que hablan del dolor de los de lejos
y voy justificando
mi pasividad,
ante el sufrimiento
de los de cerca.

Dame Señor,
entrañas de misericordia,
para que me afecte,
me duela,
me movilice
el sufrimiento
y la pobreza de mis hermanos.

Dame sensibilida
para estar cerca,
y cuidar los pequeños detalles
que pueden aliviar,
consolar, animar.

Dame fortaleza
para acompañar
caminos de promoción,
para defender derechos
y apoyar alternativas
de inclusión.

Danos la conciencia solidaria
y la responsabilidad colectiva
para seguir avanzando
hacia un mundo diferente
de iguales y hermanos.

Danos la capacidad
para reconocer,
que teniendo y usando menos,
podemos ser más,
y compartir más y mejor.

Haz, Señor,
que como Tú,
los pequeños y los pobres
sea los primeros
en nuestro corazón .
Que sigamos descubriendo
que en lo humilde,
en lo pequeño,
en lo último,
estas Tú,
y que, desde ahí,
“como uno de tantos”,
sigues haciendo, hoy
la Salvación.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

